Qui sont les autres?

Arturo Carrera

I

El viento. La excesiva luz.
Y ellos gritan contra ellos,
pero convencidos de que están en ese viento,
en esa luz.

Yo hablaba con Girri (72 años) en el bar.
Mirando una máscara que no era yo, él dijo:
"Es hora de que lleve a sus hijos
a los espectáculos hípicos; no hay nada
que desarrolle más el sentimiento estético
de los jovencitos, que un espectáculo así."

Y sonrió ante mi cara de ignorante asombro.
Y añadió: "¿Por qué cree que Picasso pintó
muchachos con caballos? ¿Por qué cree que Leopardi
escribió en el Zibaldone: *Sueño con un cuerpo sin límites,*
y el caballo en la luz, opone un solo desdén,
su belleza?"

Y aunque actúan en una transparencia
también ilimitada frente a mí: pienso en mis hijos
montados a caballo, enfrentados a su indiferente brío.

Único estilo,
el movimiento en su crueldad.

Única visión: la cabellera de Ana en el viento,
la voz de Fermín buscando en la risa
el espontáneo galope de su respiración,
su métrica inflexión decisiva.

El mediodía nos recuerda que está el sol,
y que todavía son rojas, cálidas, pequeñas,
y que la lisura las expone a la dicha.

Son *palabras*, ellas y ellos también.
Delicadas insistencias.

Ana, Natalia, Fermín
y Diego Stanga.
Flores, árboles, muchachas
y muchachos.

¿Libros?

II

Ahora habla sin parar en mí
como los loros en sus árboles
a la puesta del sol.

En ese mismo tartamudeo de mi afecto,
en esa misma dispersión
de mis aserciones:

¿No estaba también allí,
en ese movimiento del enigma del ritmo,
pulverizado en la sintaxis como un hilillo de
azahar que en él tendía
hacia la belleza de lo natural,
como esa música de las sensaciones
que anhela en la escritura la abolición
del yo?

Y hablar era ese enjambre en la atención
cuando apenas murmuramos:

¿Se puede simular en la voz
la culpa que temerá en la tristeza
la venganza de la razón?

Hablan los hombrecitos bajo la lenta nieve
en mí, en nosotros, en ellos, meditantes,
mientras las mujeres en la casa se pasean otra vez
hablando de sus Miguelángeles.

A través del rocío (la luz, los colores;
el arco iris en la sierpe de la separación
en torrentes, en cascadas,
y en el vértigo tan cruel,

cada vez más tangible
en el destino

III

Pero tus amigos hablarán.
Tus enemigos callarán.
"...es así la muerte..."

llama al grillo a cantar bajo el yelmo.

al musgo a brillar sobre la corteza del tronco.
al verdín sobre el cobre,

y al poeta,
a mirar el movimiento inseguro y quejumbroso
entre las altas hierbas,
en el antiguo campo de batalla.

A la sonrisa que se insinúa en el viento dormido
sobre el follaje.
A la sonrisa que se borra imperceptiblemente
en la eternidad vanidosa del esfumado. (Se borran
tenuemente los contornos de los labios
pero no me olvido.)

No me olvido.
No me olvido de tu única mirada.
Única risa:

tu más secreta seguridad,
aún cuando me advirtieras
sobre su peligro seguro:

la palabra.

Oculto en lo más diáfano del bar
atentamente curioseaba los simples
o complicados gestos de una mujer,
de un hombre que masticaban...

Ya estaba en el tiempo
la energía de inseguridad.
Y en las formas de la palabra
la ambigua eternidad del instante
como una pequeña, súbita esfera que cristaliza:

cabecita de Jano bifrontal,
cabecita de espuma, de mármol, de coral,
como una sirenita de Redon que va envolviendo
sílaba a sílaba
la luz - del - trompo hasta besar
su último cabeceo,
su última ensoñación
en esta orilla.

Y esas formas discretas se atraían
en este vértigo, en este compás
que yo esperaba en tu alegría.

Meticuloso acuerdo en la pantalla del amor
como una temida
anticipable ausencia.
El tiempo que nos embaucó su presencia
ecualiza el dolor.

En una página de mi libro *Mi padre*:

"Muchas veces soñé que era mi padre.
Poeta con su confianza insistente
pensándonos al revés,
una y otra vez ofreciéndonos... volviéndonos
más difíciles las fáciles horas en que pensamos
su rara felicidad —su compañía.

A cada año como a cada estación:
su libro que aparecía.

Y lo esperábamos.
Atentos a su áspera y silenciosa elocuencia.
A su tensa y secreta hipocresía: ¿cómo hacer
para reírnos frontalmente de todo su pensamiento
y ser su propia osatura en la verdadera mentira?

Su mundo impenetrable para cada día más. Nosotros.
Y no saber (entonces) qué nos decíamos,
cuando de él un padre nos conocía: ¡Sí! ¿Y cómo
transformarme, hijito mío, en esos libros que me pasaba
desechándolos, sino con la urgencia ingeniosa
de esperar lo leído?"

La amable sugerencia
siempre venía,
aunque fuera como en el adivino,
la complacencia furtiva
en el sentido común.
...se adivinaba a sí mismo,
a mí mismo, a nosotros mismos.

El 27 de marzo de 1985, por teléfono, me dice:
"¡Ah! ¿Es su cumpleaños? ¿Y qué va a hacer
de ahora en más?" Y sin piedad,
como una maquinilla de guerra contra
mi vanidad de huérfano, mi orgullo
de titiritero, insistió: "Eliot a su edad
ya había escrito *La tierra yerma*...
¿Qué va a hacer de ahora en más?"

Sin esperar ninguna respuesta me cuenta:
"Cuando Stravinsky vuelve a Rusia le dicen: 'Usted
figura entre los tres grandes músicos del mundo'. Y
Stravinsky pregunta: —Qui sont les autres?" (*Se
ríe a las carcajadas*).

(Tratándonos de Ud., irónicamente, siempre;
puesto que siempre me recordaba que "...la excesiva
familiaridad engendra el menosprecio."
La ironía es el tiempo demorado
en la espontaneidad de la acción.)

IV

Y contaremos en el Vacío,
siempre la misma Anécdota.

Eso que Plutarco entrevió
como una visión del Bien: la vida reconocida
bajo un rayo de sol
cambiado levemente en sueños dulces y
mentirosos.
La verdad.

*Cargaste en unas bolsas de plástico
libros, discos, cassettes,
para mí; y basta un abrigo,
sillas;
como para un reaseguro
de tu levedad.*

La voz del poeta Roethke para mí.
Las obras de Horacio para mí.

Un astrónomo
que mostraba en la televisión
sesenta y dos galaxias observadas
durante una larga noche de invierno
me sorprende cuando dice: "Mi esperanza
es individual."

Motivo pero disimulando la dificultad de estar
y de ser. De morir y permanecer.
Todavía en los adioses infantiles y todavía
en los viajes. El humillo azul estirando y borroneando
en los cristales de las sierras mis ojos redondos en
la alquitranada azotea...oh,

perderte
de vista.

disimulando la dificultad de estar y desesperar
en el llanto.

La confianza, la esperanza ciega,
también individual,
de volver a encontrarte.